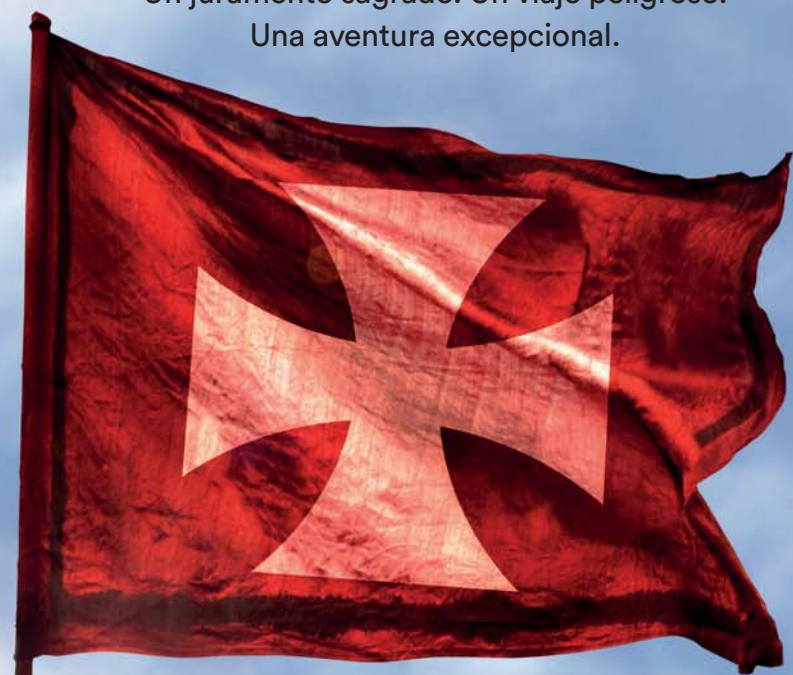


ELIZABETH CHADWICK

LA PROMESA DEL TEMPLARIO

Un juramento sagrado. Un viaje peligroso.
Una aventura excepcional.



ELIZABETH CHADWICK

LA PROMESA DEL TEMPLARIO

Traducción de Montse Triviño González

 Planeta

Título original: *Templar Silks*

© Elizabeth Chadwick, 2018

© por la traducción, Montse Triviño González, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23001-4

Depósito legal: B. 11.189-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SEÑORÍO DE CAVERSHAM, CERCA DE READING,
BERKSHIRE (HOGAR DE WILLIAM MARSHAL,
REGENTE DE INGLATERRA), ABRIL DE 1219



—Ya no falta mucho.

William movió la cabeza sobre la almohada al escuchar la voz, pero no supo decir si aquellas palabras procedían de su mente, del reino espiritual de sueños y visiones que ahora siempre le hacía compañía, o si alguien en la alcoba había hablado en voz alta. Tenía a menudo la sensación de estar dormido pese a estar despierto y cada día le costaba un poco más ser plenamente consciente de su entorno.

Una brisa fresca se coló por la ventana abierta y le trajo el perfume del verdor primaveral. Los rayos del sol iluminaron las tres ventanas en forma de arco, que pasaron del gris moteado a un cálido tono dorado, para después deslizarse hacia la cama, donde tiñeron de oro la colcha marrón y le acariciaron la mano cubierta de manchas como si quisieran bendecirla. Mientras William contemplaba el friso de la parte superior de las paredes —que representaba su emblema, el león escarlata, alternado con los cabríos dorados sobre fondo rojo de Isabel—, pensó en lo breve que era la vida humana en el marco de la creación divina. Aún le quedaban tantas cosas por hacer, pero su capacidad para concluir las se agotaba y ahora eran otros los que debían tomar las riendas. Su destino estaba ya en otra parte.

Se abrió la puerta y un hombre fornido, de mediana edad, entró en la cámara. Tras susurrarle rápidamente al hermano Geoffrey, el limosnero templario, se acercó al lecho.

—¿Me habéis mandado llamar, señor?

William se obligó a concentrarse en su visitante. Jean d'Earley había entrado a su servicio como escudero hacía ya más de treinta años. Con el tiempo, a medida que lo nombraban caballero y más tarde señor, se había convertido en un fiel amigo y confidente. Aun así, había cosas que ni siquiera él sabía.

William señaló la jarra que estaba en una mesa, junto a su cama.

—Dadme de beber, por favor, Jean.

Con una mirada de preocupación, Jean llenó la taza de William de cristalina agua de manantial.

—¿Habéis comido algo hoy, señor?

¿Había comido? La comida ya no significaba mucho para él. Resultaba irónico, teniendo en cuenta que en otros tiempos lo apodaban Gasteviande, debido a que devoraba todo lo que le ponían delante y siempre pedía más. Qué apetito tan voraz poseía en otros tiempos, pero no sólo de comida, sino también del abundante y jubiloso festín de la vida.

—La condesa me ha traído antes un plato de pan mojado en leche —respondió.

El sustento de niños, ancianos y enfermos. Sólo se lo había comido para contentar a Isabel.

Se concentró en mantener el pulso firme mientras se acercaba la taza a los labios. Dos años atrás, a los setenta, aquella misma mano aún conservaba la fuerza necesaria para empuñar una espada y abrirse paso en el fragor de la batalla. Los trovadores decían de él en sus poemas que era «rápido cual águila» y «voraz cual león». Y tal vez fuera así, aunque más bien sospechaba que habían exagerado sus cualidades con la esperanza de obtener un buen dinero.

Bebió unos cuantos sorbos para humedecerse la garganta.

—Quiero que hagáis algo por mí. No se lo pediría a ningún otro hombre.

—Será un placer, señor —respondió Jean con franqueza—. Dadlo por hecho.

William esbozó una sonrisa mordaz. Media vida atrás, su

propio señor le había dirigido unas palabras similares en su lecho de muerte y él había accedido, sin saber el precio que tendría que pagar por ello. Le devolvió la taza a Jean.

—Vuestra lealtad es sincera.

—Hasta la muerte, señor.

William se echó a reír y luego contuvo el aliento, en una mueca de dolor.

—Sí —jadeó—, pero no la vuestra, o eso espero.

Le hizo un gesto a su visitante para que le ahuecara las almohadas y lo ayudara a sentarse un poco más erguido. Las palmadas de Jean desplazaron el relleno de ramitas de lavanda seca y, de repente, un perfume fresco y ligeramente astringente invadió la estancia.

—¿Qué queréis que haga, señor?

William persiguió los rayos de sol sobre las mantas con la mano.

—Quiero que vayáis a Gales, a Striguil, y le pidáis a Stephen las dos piezas de seda que dejé a su cuidado a mi vuelta de Jerusalén.

Jean arqueó las oscuras cejas hasta que casi le llegaron al nacimiento de su melena plateada.

—Sí —prosiguió William—. No esperaba tener una vida tan larga y afortunada. También necesito que llevéis cartas a nuestros hombres en las Marcas, pero vuestra prioridad son las sedas y debéis traérmelas sin demora.

Vio la consternación en la mirada de Jean cuando éste comprendió el significado de aquella petición. Era muy difícil transmitirle la noticia del inmediato final a un amigo que no quería creer en lo inevitable, ni siquiera cuando tenía la prueba ante sus propios ojos.

—Desde luego. Partiré de inmediato, señor. Pero, y si...

Jean se interrumpió y se frotó la nuca.

William extendió una mano y le cogió el antebrazo a Jean con todas sus fuerzas.

—Haced lo que os digo, amigo mío, y yo estaré aquí cuando regreséis. Os lo prometo. Nunca he incumplido ninguna de las promesas que os he hecho, ¿verdad?

—No, señor, jamás —respondió Jean, tragando saliva—. Y

yo tampoco incumpliría jamás una promesa que os hiciera. Os juro que volveré lo antes que pueda.

William miró hacia la luz que se filtraba por la ventana abierta.

—Hace buen tiempo y los caminos estarán en condiciones —dijo, con un amago de su vieja sonrisa—. Iría con vos, pero dado que eso es imposible, os acompañaré en espíritu. Que Dios os proteja en vuestro camino.

Jean le dedicó una profunda reverencia, se llevó una mano al corazón al incorporarse de nuevo y luego salió apresuradamente de la alcoba, con paso orgulloso y decidido.

Débil y agotado, William se recostó de nuevo en las almohadas. Contempló los arcos de cielo azul a través de la ventana, notó la brisa suave que le acariciaba el rostro y recordó aquellos lejanos días de abril en que participaba en los torneos con el entusiasmo propio de la juventud, aquella época en la que cobraba numerosos rescates y acaparaba premios. Había cabalgado en el séquito de reyes y reinas, mientras la vida corría por sus venas con la energía y la velocidad de un caballo al galope. Todo aquel vigor y toda aquella fuerza física ya no eran más que una débil huella en su cuerpo moribundo y, sin embargo, los recuerdos se conservaban tan vívidos e intensos, tan alegres y dolorosos como el primer día.

El aire fresco que entraba por la ventana le trajo el sonido de los mozos de cuadras, que hablaban a gritos mientras ensillaban el palafrén de Jean y preparaban la acémila. Si el tiempo aguantaba y no encontraba problemas en el camino, el recado no le llevaría más de un par de semanas. Tan poco tiempo para obtener, a cambio, todo el tiempo del mundo. La eternidad.

William cerró los ojos y se adentró mentalmente en los túneles de la memoria, hasta que llegó al momento de una cálida noche de verano que lo había conducido de forma inexorable a aquellas dos piezas de tela de seda.

Todo había empezado en un santuario del Lemosín, donde se disponía a cometer un robo.

MARTEL, EL LEMOSÍN,
JUNIO DE 1183

La pequeña moneda de plata centelleó mientras atravesaba rodando una franja de luz del sol moteada de polvo, para después adentrarse en las sombras de la tarde y caer de lado en la mesa, entre William y su joven señor, con un débil tintineo metálico.

Enrique —Harry para los amigos—, el hijo mayor del rey de Inglaterra, señaló la moneda caída.

—Ahí lo tenéis —dijo—, eso es lo que se interpone entre nosotros y la pobreza.

Lucía su habitual sonrisa, pero en sus ojos azules el humor brillaba por su ausencia.

—No tenemos dinero para pagar a las tropas, ocuparnos de los caballos ni llenar el estómago.

Arrojó su bolsa vacía sobre la mesa para hacer hincapié en lo que acababa de decir.

William no contestó. La única forma de salir de aquella ciénaga era que Harry hiciera las paces con su padre, con el cual estaba en guerra. Algo que Harry jamás haría, porque buena parte de aquella lucha tenía que ver con el hecho de que él no poseía las tierras necesarias para gobernar su propia vida y dependía de su padre en las cuestiones económicas.

Habían puesto patas arriba todos los campos y pueblos de los alrededores, habían cobrado tributos recurriendo a varios métodos de persuasión, la mayoría de ellos no muy honestos, hasta agotar aquella fuente de ingresos. Después de haber vendido o empeñado sus posesiones más valiosas, la segunda ronda

de recortes y recuentos no los acercaba ni de lejos a los cien marcos que necesitaban. La semana siguiente serían cien más. Estaban acorralados y se enfrentaban a la presión que ejercían sus propios mercenarios, que exigían su paga con amenazas.

Pese al teatral gesto de Harry con la moneda, aún les quedaban unos cuantos objetos de valor después de haber saqueado la tumba de san Marcial unos meses antes —una cruz con gemas incrustadas, candelabros bañados en oro y diversos objetos que adornaban el altar—, pero los reservaban como última opción, para esconderlos en las alforjas del palafrén de Harry en caso de que tuviera que huir.

Harry cogió la moneda y volvió a lanzarla, de la luz a las sombras.

—Supongo que tendremos que hacerle otra visita a Rocamadour y pedir otro crédito a la Iglesia —dijo con aire indiferente—. Tienen mucho dinero y no lo usan para nada, ¿verdad?

La moneda llegó al borde de la mesa y se precipitó sobre la gruesa capa de juncos esparcidos por el suelo. Rencor y desafío acechaban bajo aquella apariencia despreocupada.

—Señor, no os lo aconsejo.

William empezó a sentirse inquieto. No había estado presente en el saqueo de la tumba de san Marcial y no tenía el menor deseo de verse envuelto en el pillaje en un santuario tan sagrado como Rocamadour.

—¡Ja! Todo el oro y la plata que ha amasado la Iglesia sólo sirve para adornar sus capillas, para que los campesinos lo contemplan boquiabiertos y los sacerdotes se regodeen. Dios sabe que se lo devolveré. ¿Acaso no he tomado la cruz en su nombre? —preguntó Harry, mientras señalaba las dos tiras de seda bordadas en la pechera de su manto.

—¿Y no sería mejor retomar las conversaciones de paz con vuestro padre?

Las palabras de William provocaron un resoplido desdeñoso.

—Lo único que hará es pagar mis deudas y decirme que en

el futuro me comporte, sin concederme el favor de escucharme. ¡Ja! A lo mejor debería irme de verdad a Jerusalén. Seguro que eso haría encanecer las barbas de esa cabra vieja. —Harry hizo un gesto de impaciencia con la mano—. Haré lo que debo hacer... A menos, claro, que tengáis otra idea, a poder ser que no incluya a mi padre.

Le lanzó a William una mirada imperativa, trasladándole así toda la responsabilidad, como si quisiera decirle que él era el culpable de que se hallaran en aquella situación.

William hizo una mueca. Lo cierto era que se hallaban ante el cruel dilema de saquear los altares de Rocamadour para pagar sus deudas o enfrentarse a sus propios mercenarios, que lo tratarían a él sin demasiados miramientos porque sólo era el pagador, el intermediario entre ellos y Harry, por quien al menos podrían exigir un rescate a su padre. Sin embargo, lo intentó una vez más, pues la ira de Dios no era momentánea, sino eterna.

—Señor, en mi opinión no deberíais hacerlo.

—Yo decido lo que puedo y no puedo hacer —le espetó Harry—. ¿Acaso algún hombre se atreve a cuestionar a mi querido hermano Ricardo? ¿Soy yo menos que él? ¿Creéis que Ricardo y sus mercenarios vacilarían a la hora de coger lo que necesitan? Por Dios bendito, ¡lleva diez años saqueando Aquitania como si fuera un carnicero que despelleja un cadáver! —Se puso en pie de golpe—. Encargaos vos de los hombres y procurad que se tranquilicen. Decidles que recibirán su paga. ¡Oh, Dios! ¡Mis tripas!

Sujetándose el vientre con una mano y haciéndole un gesto con la otra a William para que se retirara, Harry echó a correr hacia el cuarto que albergaba las letrinas.

William abandonó la sala sumido en un mar de dudas. Se sabía atrapado. Había jurado permanecer junto a su joven señor en la dicha y en la adversidad: si eso incluía emprender el camino al infierno, entonces él lo acompañaría en ese viaje y, por amargo y peligroso que resultara, defendería y protegería a Harry hasta el final.

Mientras cruzaba el patio, se dio cuenta de que los soldados mercenarios le lanzaban miradas despiadadas. Sancho, uno de los capitanes, había permanecido acucillado hasta ese momento mientras jugaba a los dados en el suelo de tierra, pero en ese momento se incorporó y le cortó el paso a William. Cruzó los brazos y adelantó un pie para que se viera bien la empuñadura de la espada que llevaba al cinto.

—Espero que tengáis buenas noticias para nosotros, señor Marshal.

—Recibiréis vuestra paga —respondió William escuetamente—. Tenéis mi palabra.

—Y yo confío en vuestra palabra —dijo el mercenario, mientras una sonrisa cruel se abría paso entre su espesa barba negra—. Pero la pregunta es... ¿cuándo?

—Mañana por la noche, os lo prometo.

—Entonces, se lo diré a los muchachos.

Sancho bajó la cabeza y regresó a su juego de dados.

William se alejó con el paso ligero y las manos abiertas, mientras sus pensamientos giraban en círculos cada vez más pequeños.

—Toma esto, lo necesitarás. Vístete y prepárate para cabalgar.

William le entregó un jubón acolchado a su hermano Ancel, que estaba sentado en el borde de su camastro apartándose de los ojos el pelo alborotado. Los lazos del blusón que llevaba estaban desabrochados y, excepto por los calzones cortos que vestía, tenía las piernas desnudas.

—Pero si aún es noche cerrada —protestó, entornando los ojos para protegerse de la luz del farol.

—Falta una hora para el amanecer.

—¿Adónde vamos? —preguntó, mientras buscaba sus calzas.

—A conseguir fondos... Date prisa.

—Pues ya era hora. En la despensa sólo quedan huesos de

caldo, y a los dados apostamos con las piquetas de las tiendas.
¿Vamos muy lejos?

—A Rocamadour.

Ancel dejó de vestirse y abrió mucho los ojos.

—¿A Rocamadour?

—Sí —le espetó William—, a Rocamadour. —Cogió el zurrón que colgaba de un gancho de la pared y lo dejó caer sobre la cama de Ancel—. Te hará falta para el botín —le dijo.

Ancel se lo quedó mirando, horrorizado.

—Es pecado —masculló con voz ronca—. ¡Seguro que Dios nos castiga!

—Es un préstamo y se devolverá con intereses.

—Sí, los intereses serán nuestras almas —replicó Ancel, negando con la cabeza—. Lo pagaremos con el infierno. Yo no voy.

—Sí, sí que vienes. No tenemos elección, a menos que sepas dónde podemos obtener suficiente dinero para pagar a los mercenarios antes del próximo atardecer. Si no pagamos, mejor que nos rebanemos ahora mismo el pescuezo y acabemos de una vez.

Ancel apretó los labios, con expresión soliviantada.

William contempló a su despeinado hermano menor con un gesto de exasperación. Ya hacía cuatro años que Ancel lo acompañaba en el séquito de los torneos y, luego, como caballero al servicio de Harry. Ancel era una extraña mezcla de opuestos: ingenuo y astuto, hábil y torpe, estúpido la mayor parte de las veces y sin embargo dotado de una honesta sabiduría. Una gran ayuda y una carga a la vez.

—Iremos al infierno por esto —repitió Ancel.

William se mordió la lengua. La única forma de lidiar con su hermano cuando entraba en aquel patrón repetitivo era ignorarlo. Quizá protestara, sí, pero haría lo que se le había pedido, aunque fuera con miradas asesinas y arrastrando los pies. Quizá fuera mejor para todo el mundo que cabalgara en la retaguardia. Al fin y al cabo, alguien tendría que proteger los caballos y estar alerta.

—Date prisa —lo apremió William con sequedad—. No hagamos esperar a nuestro señor.

En el exterior, las tropas se estaban congregando bajo la luz neblinosa que precede al amanecer. Entre gruñidos, escupitajos y risas nerviosas, los hombres intercambiaban miradas furtivas, con una actitud de fanfarronería en la que se adivinaba cierta aprensión.

Eustace, el escudero de William, estaba abrochando las hebillas de las cinchas del imponente alazán de su señor.

—¿Es cierto, señor? —preguntó, mientras William cogía las riendas y subía a la silla—. ¿Vamos a saquear Rocamadour?

William hizo un gesto de impaciencia.

—¿Tú también? No te corresponde hacer preguntas. Agacha la cabeza y dedícate a tu trabajo, ¿entendido?

—Sí, señor.

Eustace bajó la vista y se persignó con discreción en la oscuridad, pero William advirtió el gesto con irritación, pues en el fondo él deseaba hacer lo mismo.

Harry salió de la posada con una pequeña gorra de fieltro en la cabeza. A diferencia de sus caballeros, a los que había ordenado que se pusieran la cota de malla, Harry vestía sus elegantes ropas de la corte: una túnica bordada, un manto ribeteado en oro y un lujoso cinturón rojo con incrustaciones de plata. Eran los pocos objetos que había conservado tras vender el resto de sus prendas para alimentar a hombres y caballos.

Le dedicó a William una sonrisa tensa mientras ponía el pie en el estribo.

—Bueno, ¿a qué esperamos? Cabalguemos hasta Rocamadour para pedir un préstamo.

Mientras la tropa se preparaba para partir, Ancel salió de la posada con los labios apretados y una expresión seria. Sin mirar a nadie, arrojó el zurrón sobre la cruz de su alazán y montó.

William le lanzó una mirada severa, pero decidió hacer la vista gorda. Por lo menos, no había tenido que cogerlo del pes-

cuezo y sacarlo a rastras. Además, tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

El santuario de San Amador estaba construido en la pared de un escarpado precipicio, que se alzaba más de cien metros por encima de las aguas plateadas del río Alzou. Bajo la luz dorada del amanecer, las capillas esculpidas en la roca que daba a la garganta parecían resplandecer como faros sagrados en el cielo del nuevo día. William apretó la mandíbula y trató de esforzarse por ignorar sus recelos y su temor de Dios. No permitió que asomara a su rostro ni el más mínimo atisbo de duda, porque bastaría con un solo destello para que los hombres lo percibieran y reaccionaran. Varios de ellos ya estaban a punto de echar a correr como caballos asustados.

Harry había resuelto su propio dilema espiritual declarando que el botín no era más que un préstamo y que, como hijo de rey y futuro benefactor del santuario, tenía derecho a coger prestados los objetos que allí se guardaban. Hasta el más tonto se daría cuenta de que Harry creía que sus actos estaban justificados. Su padre lo había coronado heredero de Inglaterra cuando sólo tenía quince años y él se había amparado en su realeza y había utilizado como escudo el fulgor de su innegable encanto.

Unos cuantos soldados custodiaban la entrada del pueblo amurallado que conducía al santuario, pero Harry y William ya lo habían previsto y, por ese motivo, habían dividido la tropa. Los doce mercenarios que los habían acompañado desde Martel estaban ocultos a la vista. Harry se dirigió a la puerta con la única escolta de su guardia personal.

Con una sonrisa que iluminaba el mundo, Harry anunció que estaba allí para rezar en el santuario. Prometió que no quería causar ningún perjuicio, que sólo lo guiaban la veneración y el amor.

—Me siento profundamente afligido —dijo, al tiempo que se llevaba una mano al corazón, con una expresión contrita y

una mirada inocente en sus grandes ojos—. Un sueño me ha revelado que acuda a este santuario en busca del consuelo y ayuda que pueden ofrecerme san Amador y la Santísima Virgen.

Los guardias deliberaron sobre la cuestión y se convirtieron en dos nuevas víctimas del arrollador encanto de Harry al tomar la decisión de abrir la puerta para dejarlo entrar. A partir de ahí, todo resultó muy fácil. Con unos pocos movimientos ensayados, William y los demás caballeros desarmaron a los soldados y los ataron a un amarradero. Tres rápidos toques del cuerno de caza sirvieron para convocar a los mercenarios.

—Recordad, nada de sangre —los advirtió Harry—. No quiero que la muerte manche nuestra empresa.

Tras dejar a mercenarios y escuderos custodiando la puerta, Harry y sus caballeros se adentraron rápidamente por una callejuela hacia la empinada escalera que conducía al santuario, repleto de candelabros, plata, oro, piedras preciosas y reliquias, entre ellas la famosa espada *Durandarte*, que en su día había pertenecido al héroe Roldán.

Los peregrinos presentes en el santuario huyeron despavoridos ante el destello de las cotas de malla y la amenaza de las espadas. William, tenso y en guardia, esperaba encontrar resistencia en el punto en que la escalera conducía a la capilla de la Virgen, pero no saltó ninguna alarma. Un único guardia, de larga barba gris, era el encargado de controlar a los peregrinos, pero se había alejado a un rincón para orinar. Estaba terminando de arreglarse la ropa cuando aparecieron los saqueadores.

—Apártate y no te haremos ningún daño —le advirtió William.

El guardia extendió ambas manos en un gesto de rendición y rápidamente lo desarmaron y lo ataron. Los dos monjes que estaban dentro de la capilla se precipitaron hacia la reja de hierro forjado que protegía el santuario para cerrarla, pero William fue más rápido: dio un paso al frente, introdujo en la abertura un hombro protegido por la cota de malla y obligó a los hermanos a apartarse.

—Id a buscar al abad —les ordenó Harry—. Decidle que el rey Enrique desea hablar de inmediato con él.

Los monjes echaron a correr, en medio de un revoloteo de hábitos y sandalias. Media docena de peregrinos se apiñaron ante el altar y William les mandó que se marcharan: los observó mientras huían, porque era más fácil que enfrentarse a la madre de Dios y preguntarse qué diría su propia madre si lo viera en aquel momento.

Harry se acercó al altar con fingida despreocupación.

—Eso dejadlo —ordenó, mientras señalaba la talla de la Virgen con el Niño Jesús en el regazo y, justo al lado, un relicario con incrustaciones de joyas en el que se conservaba un fragmento de la túnica de la Virgen—. Nos llevamos todo lo demás. —Cogió un candelabro plateado y admiró la delicada filigrana que adornaba la base—. Esto, desde luego, también: fue un regalo de mi padre a este santuario el día en que me coronaron. Y ese cáliz también —dijo, mientras señalaba una copa dorada con incrustaciones de piedras preciosas.

William apretó los labios y abrió con fuerza la tapa de un arcón apoyado en la pared, descargando en el mueble el miedo y la repugnancia que había reprimido hasta entonces. El arcón contenía valiosísimas vestiduras de seda con bordados e incrustaciones de piedras preciosas, que lanzaban delicados destellos de color rojo esmeralda y verde zafiro, además de blusones de lino blancos como la espuma del mar. Todas aquellas prendas estaban reservadas para las fiestas de guardar y celebraciones religiosas, pero en ese momento fueron requisados como fardos para transportar el botín.

William pronunció escuetas órdenes y los hombres empezaron a depositar los valiosos objetos del santuario en las vestiduras religiosas, como si las prisas pudieran ocultar sus actos a los ojos de Dios. William supervisaba la operación y vigilaba al mismo tiempo, aislándose así de aquella profanación: sabía que si pensaba en la enormidad del pecado que estaban cometiendo se sentiría abrumado.

Ancel trabajaba al fondo: iba arrojando joyas y objetos de plata al zurrón al tiempo que lanzaba miradas fulminantes a William, quien finalmente le devolvió una mirada tan cortante que Ancel agachó la cabeza y le dio la espalda.

Una vez terminada su execrable misión, el santuario de Nuestra Señora de Rocamadour quedó despojado de todo adorno, excepto la antigua y ennegrecida talla de la mismísima Virgen, cuya expresión inescrutable iluminaba la lámpara que ardía sobre el altar saqueado. Un expolio: aquello era un expolio. Con el estómago revuelto, William mandó a los hombres que regresaran a la puerta de la muralla.

Una vez que se quedó solo, se volvió hacia la estatua de la Virgen: a la luz del resplandor rojo, se dejó caer de rodillas y agachó la cabeza.

—Virgen santísima, te prometo que todo será devuelto —juró—. Mi señor pasa un momento de gran necesidad... Te ruego que tengas piedad y perdones nuestros pecados.

El santuario permanecía en silencio. La trémula luz rojiza intensificaba las sombras y evocaba en su mente imágenes del infierno, tan alejado de la redención como lo estaba el cielo de las entrañas de la tierra. Tras ponerse en pie, se volvió bruscamente y siguió a los caballeros, obligándose a sí mismo a no correr.

Los monjes se habían apiñado en un rincón, desde donde habían presenciado el saqueo de su santuario con los puños apretados. El abad, Gerard d'Escorailles, era ya un anciano, pero aún poseía la energía suficiente para hablar sin tapujos y amenazar con la condena eterna.

—Cometéis un grandísimo pecado mortal al profanar este lugar sagrado. ¡Dios lo ve todo y castiga en consecuencia! —exclamó, con la voz cargada de cólera—. Vuestras almas quedan advertidas: vuestra realeza no os protegerá de la ira de Dios. ¡El peso de vuestro pecado os arrastrará al infierno!

—Pero con los pobres peregrinos sí que os podéis permitir ser generosos —le respondió Harry, sonriente—. He jurado vi-

sitar la tumba de Cristo en Jerusalén. ¿Estáis seguro de querer negarme un donativo?

Al abad Gerard le tembló la blanca barba.

—¡Lo que cometéis es blasfemia! ¿Pretendéis saquear también el Sepulcro y decir luego que lo hacéis en el nombre de Cristo?

Harry siguió sonriendo, aunque su sonrisa pareció más frágil y falsa. Le entregó al abad un pergamino lacrado que su amanuense había redactado antes de partir aquella mañana.

—Aquí tenéis mi solemne promesa de que devolveré lo que hemos tomado prestado.

El abad lo apartó de un manotazo.

—¡Ese documento no tiene validez cuando robáis las pertenencias de Dios para pagar la guerra y con vuestros sacrílegos mercenarios arrastráis a la miseria a las buenas gentes! —exclamó el abad, mientras lanzaba una desdeñosa mirada a los caballeros allí congregados—. Jamás podréis restituir el equivalente de lo que habéis robado, pues lo esparciréis a los cuatro vientos.

—Tenéis mi palabra de que se os recompensará —dijo Harry, con un gesto tenso e irritado—. Os diría que recibiréis cinco veces más, pero eso sonaría a usura y todos sabemos bien que la Iglesia aborrece ese pecado, ¿no es así?

—Nadie se burla de Dios —le advirtió el abad, en tono lacónico y severo—. Cuando peséis todo ese oro, comparadlo con vuestra alma mortal. Rezaré por vos, pero me temo que será en vano. Estáis condenado al infierno.

Harry se ruborizó. Se inclinó hacia delante e introdujo el pergamino bajo el cinturón que adornaba el hábito del anciano.

—Hasta mi regreso —dijo.

Y, tras girar sobre sus talones, abandonó el lugar con gesto arrogante.

William, pegado a la cola del manto de su señor, notó que se le clavaba en la espalda la hostilidad de monjes y peregrinos, pero también la pesada mano de Dios y la condena de la Virgen María, que avergonzaban su alma para el resto de la eternidad.

Aquella noche, en la posada, Harry le encargó a William la tarea de dividir el botín entre los mercenarios. William procedió con diligencia, ocultando su humillación tras un rostro inexpresivo. Como Judas vendiendo a Cristo.

Ahora que Harry volvía a tener dinero, el vino corría alegremente y regaba en abundancia el pollo asado a fuego lento con comino y el conejo en leche de almendras. Se sirvió también un lechón —destinado hasta poco antes a la mesa del abad Gerard—, relleno de carne picada y manzanas en conserva y todo el mundo comió hasta quedar con el estómago a punto de reventar. Bebieron todos más de la cuenta, pues la alegría general y los excesos les servían para ahuyentar el recuerdo de lo que habían hecho en Rocamadour.

La recompensa de William por su participación en el robo fue una bolsa llena de joyas: zafiros, rubíes y cristales de cuarzo extraídos con la punta de un cuchillo de los retablos del altar del santuario. Mientras cumplía con su deber, la pequeña bolsa de cuero que llevaba sujeta a la cintura se le antojaba un pesado saco lleno de pecados. Y, sin embargo, tenía que comer, alimentar a los caballos y ocuparse de los caballeros que confiaban en él para obtener el sustento. Como líder, no podía permitir que sus hombres percibieran en él debilidad o aprensión.

Entre el abundante botín se hallaba también la espada *Durandarte*, que en su día había pertenecido al gran héroe Roldán, fallecido mientras defendía de los sarracenos el paso de Roncesvalles. Todo el mundo conocía aquella historia. La guarnición estaba decorada con un delicado diseño en oro y la empuñadura, protegida por tiras superpuestas de cuero rojizo. La espada estaba metida en una grieta de la pared y encadenada a una argolla clavada a la roca, pero eso no había impedido que los mercenarios se la llevaran.

—Esa hoja está más roma que el ingenio de un campesino —comentó Harry, mientras la examinaba con mirada atenta—. Debe de hacer años que no la afilan. Los monjes no saben cuidar de estas cosas. De todos modos, dudo que sea la auténtica

espada de Roldán. Si de verdad le hubiera pertenecido, ahora debería empuñarla un guerrero, no estar abandonada en un altar para que se oxide.

—Desde luego, señor, pero tal vez no sea la mejor forma de conseguir armas.

Henry observó a William con una ceja arqueada.

—¿Por qué tengo la sensación de que estáis a punto de soltarme otro sermón, Marshal?

—Es sólo que deberíamos recortar nuestros gastos —respondió William—. Los santuarios como Rocamadour escasean y no reponen sus tesoros tan rápido como nuestros hombres exigen su paga.

—Ya, ya —dijo Harry. Blandió la espada y la luz se reflejó en la guarnición—. Lo hablaremos mañana.

—Señor.

Ansioso por respirar un poco de aire fresco, William salió para comprobar que estuvieran en sus puestos quienes habían sacado la pajita más corta a la hora de decidir las guardias y también que los caballos tuvieran un lugar adecuado para pasar la noche. Una vez que se hubo asegurado de que todo estaba en orden, se detuvo junto al abrevadero del patio de las caballerizas. Se mojó la cara con agua y enseguida se le escapó un suave lamento, mientras se presionaba los ojos con el pulpejo de las manos. La enormidad de lo que habían hecho era como un negro árbol que crecía en su interior y extendía sus ramas hacia todos los rincones de su alma. Lo que había hecho, aquella afrenta a Dios, lo acompañaría eternamente. Bajó las manos, las apoyó en los laterales de piedra del abrevadero y contempló el reflejo distorsionado de la luna que rielaba en el agua; mentalmente, sin embargo, vio las llamas del infierno reflejadas en su propia imagen siniestramente transparente. Al final se incorporó, recobró la compostura y regresó al interior.

Harry estaba jugando a los dados: apostaba las monedas obtenidas durante el saqueo y tenía la espada apoyada en el regazo.

William esquivó la partida y subió la escalera para dirigirse a su habitación. La estancia estaba en penumbra, excepto por la

luz de la luna que se colaba entre los postigos. Desde el camastro de Ancel le llegó una respiración irregular y agitada. William cogió el farol de la hornacina de la pared del exterior de la estancia y lo sostuvo en alto sobre la cama: vio a su hermano arrodillado y con los puños pegados al pecho. Sollozaba y temblaba.

—¿Ancel?

Ancel se volvió, con una expresión casi aterrorizada en el rostro.

—He soñado que unos demonios me asaban vivo —lloró—. Me clavaban las horcas en las entrañas y luego me las retorcían, mientras la Virgen de Rocamadour observaba y me maldecía por lo que me había visto hacer.

William notó un escalofrío en la espalda.

—No ha sido más que una pesadilla —dijo con sequedad—. Harry los compensará: todo será devuelto a su sitio.

—¿Y esperas que me crea eso, cuando el botín ya está repartido? ¡Jamás obtendremos perdón por lo que hemos hecho y lo sabes muy bien! Jamás tendría que haber abandonado nuestro hogar para acompañarte a los torneos.

Ancel le dio la espalda a William, se tendió en el camastro y se acurrucó en posición fetal.

—Ancel...

William abrió las manos y luego las dejó caer a los lados. Su hermano no entendía qué significaba ocupar un puesto de mando y tomar decisiones por el bien de todos. Ancel adoraba la gloria, le encantaba pasear con elegantes ropajes, pero no tenía ni idea de la realidad que se ocultaba tras todo eso. Eran otros los que tenían que tomar decisiones difíciles y luego pagar las consecuencias.

William suspiró, dio media vuelta y regresó a la partida de dados. El lugar que Harry había ocupado hasta ese momento en el banco estaba vacío.

—Letrina —dijo Robert de Londres, mientras señalaba con la cabeza una puerta baja—. Demasiada comida después de la hambruna.

Una mujer se inclinó hacia él para llenarle la copa. Robert le acarició una cadera y le robó un beso.

Harry volvió instantes más tarde. Hizo una mueca mientras se frotaba el estómago, pero volvió a ocupar su puesto en la mesa.

—Sentaos, Marshal, y probad fortuna —le instó—. Bebed un poco de vino —añadió, mientras le acercaba a William una recargada jarra de cristal de roca que también formaba parte del botín.

William se instaló junto a Harry, se sirvió vino y supo, mientras Harry mezclaba los dados y los lanzaba, que todos los hombres sentados esa noche en torno al tablero de juego estaban condenados.

William se detuvo junto al umbral de la alcoba de Harry y se armó de valor. No le hacía falta preguntar a los asustados sirvientes cómo había pasado su señor la noche porque había oído alboroto y gritos quedos de dolor. Harry llevaba varios días enfermo y su estado empeoraba a marchas forzadas. Vomitaba todo lo que comía, o bien lo expulsaba del vientre tan rápido que apenas tenía tiempo de llegar a la letrina. William había visto el flujo de sangre demasiadas veces y conocía sus consecuencias. Algunos sobrevivían; la mayoría, no.

Les había dicho a los hombres que Harry se recuperaba bien, pero había visto la duda y la incredulidad en su mirada. Si bien trataba de mantener una actitud optimista en presencia de los hombres, tras aquella fachada William estaba muerto de miedo.

Al entrar en la estancia percibió el hedor del vómito y las heces, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener las arcadas cuando se topó con un sirviente que llevaba una bacinilla rebosante de un líquido marrón y sanguinolento.

—Deshazte de eso —le ordenó William con voz ahogada— y ocúpate de que el rey tenga ropa de cama limpia.

El sirviente cubrió la bacinilla con un paño.

—Ya le hemos cambiado las sábanas dos veces, mi señor...

—Pues volvedlas a cambiar.

—La lavandera ha ido a buscar sábanas limpias.

El hombre se alejó. William se acercó a la cama y se sentó junto a Harry.

—¿Cómo os encontráis hoy, señor? Confío en que mejor.

Observó, abatido, los rasgos hundidos de Harry: era como si toda humedad lo hubiera abandonado y le hubiera dejado la piel pegada a los huesos. Tenía los labios resecos y pegados a los dientes, sin rastro de saliva en la boca. William echó un vistazo por encima del hombro, se fijó en los temerosos sirvientes y les lanzó una mirada de advertencia.

La lavandera llegó con ropa limpia, recién recogida de los tendedores. Olía a rayos de sol. Hubo que levantar a Harry de la cama mientras los sirvientes cambiaban las sábanas. Pálido y jadeante, con los dientes apretados, se sentó en un escabel y se aferró a William para no caer.

—Si existen los demonios —jadeó—, estoy convencido de que me han clavado las garras en las entrañas y me las están despedazando. Estoy cagando sangre en la taza de los posos de té —dijo, al tiempo que observaba a William con desesperación—. Es por lo de Rocamadour y los otros santuarios. Es lo que dice todo el mundo, ¿no? Que éste es mi castigo por haber pecado.

—Señor, nadie dice nada...

—Sí, lo dicen, y creo que... que tienen razón. —Harry chasqueó la lengua en un intento de tragar saliva—. Estoy condenado al infierno.

William también notaba la boca reseca.

—No, señor..., yo no creo tal cosa.

Harry frunció el ceño.

—Sí lo creéis, y yo también. No tratéis de consolarme en vano, Marshal, ni me traicionéis ahora. —Se aferró a la manga de William cuando un espasmo le sacudió el cuerpo—. Lleváis conmigo desde que era un niño y vuestra lealtad siempre ha sido inquebrantable.

—Siempre, señor —confirmó William.

Le escocieron los ojos debido a los remordimientos y la compasión. Los padres de Harry, los reyes, habían confiado en él para ocupar el puesto de protector y mentor de su hijo mayor, y era evidente que había fracasado.

—Y no os abandonaré ahora —añadió.

Eran muchos los que ya habían empezado a hacerlo: las alimañas que siempre merodeaban en torno a los ejércitos para recoger las migajas, dotadas de un instinto de supervivencia que las impulsaba a marcharse antes de que la despensa quedara vacía del todo.

—Tengo intención de devolver todo lo que me he llevado de los santuarios de San Marcial y Rocamadour —dijo, agarrándose con la fuerza de un tornillo de banco a la manga de William—. Lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, señor —le respondió William.

En cierto modo, era verdad, pero palabras y hechos no siempre eran una misma cosa en el caso de Harry.

El joven contrajo de nuevo el rostro al sufrir otro espasmo.

—Necesito que me ayudéis a reparar el daño, porque yo no puedo hacerlo.

William aún trataba de convencerse a sí mismo de que, pese a todos los indicios, Harry sobreviviría, de modo que aquellas palabras lo aturdieron un instante al enfrentarlo a la verdad.

—Si está en mis manos, lo haré, señor.

—Marshal, no quiero arder en el infierno y estoy seguro de que así será sin plegarias ni intercesión.

Harry resollaba y se esforzaba por seguir hablando. William lo ayudó a beber unos sorbos de vino aguado.

—Quiero... quiero que vayáis a Jerusalén y depositéis mi manto sobre la tumba de Cristo en el Santo Sepulcro.

William se lo quedó mirando.

—Prometédmelo —insistió Harry, con una mirada aterrada y suplicante en los ojos hundidos—. No me abandonéis ahora. Si alguna vez me habéis amado, hacedlo por mí.

—Os lo prometo, señor, será un honor —respondió William inmediatamente, ocultando su sorpresa. Apoyó una mano en la de Harry y notó los huesos que se le marcaban bajo la piel—. Pero tengo la esperanza de que vos mismo podáis hacer ese voto en Jerusalén.

—No —susurró Harry—. Dios me ha juzgado por mis pecados... Es el fin. No saldré de esta habitación, a no ser en un féretro.

Se había acabado. Al llegar la décima hora del décimo día de junio, rodeado por sus incrédulos y aterrados caballeros, Enrique el Joven, hijo mayor del rey de Inglaterra y duque de Normandía, murió entre terribles dolores, tendido en un lecho de cenizas en el suelo de su habitación en Martel. Llevaba una cuerda en torno al cuello como muestra de su penitencia y aferraba con ambas manos un sencillo crucifijo de madera. Sólo tenía veintiocho años, pero aparentaba cien.

William se inclinó y retiró con delicadeza el voluminoso anillo de zafiros que Harry llevaba en el dedo índice. Luego besó el dorso de la mano inerte y fría de su señor. El padre de Harry se había negado a viajar hasta Martel, convencido de que la petición era una estrategia de guerra y temeroso de que lo asesinaran. Sin embargo, había enviado el anillo a modo de concesión y, por lo menos, constituía la prueba de que entre padre e hijo seguía existiendo un vínculo. Sin embargo, ahora habría que devolverle el anillo a Enrique junto a la noticia de la tragedia.

Durante sus últimos momentos de lucidez, Harry le había suplicado de nuevo a William que fuera a Jerusalén y depositara el manto en el Sepulcro. William había reiterado su promesa en público, ante los afligidos caballeros y clérigos reunidos en torno al lecho de muerte. Harry había estado a su cargo en vida y él le había fallado. Ahora tenía una responsabilidad aún mayor: protegerlo en la muerte del fuego del infierno y, si era posible —de lo cual William no estaba muy seguro—, expiar los pecados.

dos de ambos y recibir el perdón no sólo de Dios, sino también de la Virgen.

Al retirarse a dormir un par de horas antes del amanecer, William encontró a Ancel arrodillado, rezando ante una vela encendida y una pequeña cruz de madera. Su hermano no había estado presente cuando William había jurado ir a Jerusalén, porque alguien tenía que montar guardia y Ancel se había ofrecido voluntario.

—Todos los objetos que robamos en Rocamadour... —dijo Ancel con voz ronca, sin molestarse en volver la vista—. La gente iba a ese santuario y rezaba ante esos objetos para pedir ayuda e intercesión, o los ofrecía como gratitud por las plegarias atendidas. Y ahora, por nuestra culpa, están contaminados; los hemos despojado de su poder. A nuestro joven señor no le han servido de nada en su enfermedad; tal vez incluso hayan precipitado su fin. Serán muchos los que digan que ha recibido su merecido. —Cogió aire con un estremecimiento y observó a su hermano con ojos vidriosos—. Y si eso es lo que a él le ha ocurrido, ¿cuál será el castigo que Dios nos reserva? Seguramente arderemos en el infierno.

William se dejó caer pesadamente en el camastro de Ancel y apoyó la cabeza en las manos.

—Ya no sé cuál es la verdad —dijo Ancel con la voz rota—. Recurrí a ti porque creía que tú la conocías, pero después de Rocamadour ya no poseo esa confianza. Todo hombre muere, pero yo no quiero sufrir durante toda la eternidad, lo que es muy probable que vaya a ocurrir.

William se volvió a mirarlo con un suspiro de cansancio.

—Tienes razón. No voy a buscar excusas. He venido para decirte que, antes de morir, Harry me confió su manto. Me pidió que lo llevara a Jerusalén y que lo depositara sobre la tumba de Cristo para expiar sus pecados de manera que él, y todos nosotros, podamos rezar para que se nos absuelva de los críme-

nes que la necesidad nos impulsó a cometer. Sé que si fuiste a Rocamadour fue porque yo te obligué. Admito mi culpa. Y ahora te pido que me acompañes a Jerusalén para expiar lo que hemos hecho. Si no aceptas, lo entenderé.

Ancel abrió mucho los ojos, cuya esclerótica centelleó a la luz del farol.

—¿A Jerusalén?

—Sí. Con Eustace y todos los que deseen acompañarnos en este viaje. No sé si cumpliremos nuestra misión, ni siquiera sé si regresaremos, pero es mejor morir en el intento que vivir con el pecado.

A Ancel le subió y bajó la garganta. Y entonces contuvo una exclamación, ocultó la cara entre las manos y sucumbió al llanto.

Tímidamente, William le apoyó una mano en el hombro.

—Así pues, ¿qué te parece?

Ancel se volvió y apoyó la cabeza en el pecho de su hermano. Cuando habló, lo hizo con una voz atenazada por el llanto.

—Por supuesto que te acompañaré... ¡no podrías impedírmelo!

—Repararemos el daño hecho, te lo prometo —le juró William, con un nudo de emoción en la garganta—. Y cumpliré esa promesa aunque para ello tenga que entregar mi vida —añadió con determinación.